

MÁS LUZ Y MENOS ZOMBIS

JOSÉ JOAQUÍN TÁRRAGA

Toda flor cortada se marchita. Llega un momento en que el agua corrompida empieza a oler. Y es que parece ser que el tiempo pasa para todos. Incluso para las flores. Las cosas mueren, se pudren y dejan de ser bellas. Parece como si no hubiera escapatoria: la juventud, enfermedad que se pasa con el tiempo. Todo pasa, nada permanece, lo nuestro es pasar...

Pero la fiesta de los Santos nos habla de luz,

de cambio, de conversión, de esperanza... Nos habla de flores secas que vuelven a renacer, de hojas marchitas que florecen con fuerza. Los santos nos hablan de sol que amanece en la madrugada y de camino más allá del horizonte.

Me encanta la fiesta de los Santos, me gusta recordar que nuestro Dios, el de Jesucristo, es Dios de vida que vence la muerte y nos llama a estar con Él. Un Dios que abraza y espera.

Un Dios que resucita.

Me gusta esta fiesta y cada año que llega recuerdo a mi abuela y las velas que ponía en la cámara. Y así me gusta vivirlo. Yo también pongo luz, me gusta sonreír ese día, no cerrar los ojos, saludar con los ojos bien abiertos, mirar al cielo y

dar gracias a Dios por la gente buena que ha puesto en mi camino. ¡Cómo me gusta recordar a los míos que han sido ejemplo de vida y de valores que han hecho mejor este mundo!

Confieso mi pecado... en estos días también me sobreviene la lucha. Una lucha contra zombis, oscuridades y muertes. Es como una batalla entre el bien y el mal. La luz y la oscuridad. La tristeza y la alegría. Mi corazón se parece a las películas donde aparentemente ganan los malos. Y es ahí donde siempre queda la mirada al cielo y la sonrisa a Dios: ¡Gracias Señor por ser Dios de vivos y no de muertos!

La fiesta de los Santos es día de luces y oraciones. Me encanta celebrar la Eucaristía y rezar por mi gente con un agradecimiento a Dios y recordando el modelo de vida de aquellos que han sido de los mejores por su sencillez de vida. Es la fiesta del 1 de noviembre.

El día 2 de noviembre vuelvo a celebrar la Eucaristía y esta vez, vuelvo a rezar por los difuntos para que Dios los tenga en su corazón, un corazón de Padre bueno. Un corazón de vida.



Albaceteños en el Simposio de la Familia Vicenciana



FAMILIA VICENCIANA ALBACETE

Hermandades, hermanas. Gracias por vivir en las calles del mundo difundiendo el Evangelio a través del contagio de la caridad, la disponibilidad y la concordia. Con estas palabras nos recibió el papa Francisco, en una abarrotada plaza de San Pedro, junto con más de 10.000 miembros de las distintas ramas de la Familia Vicenciana de todo el mundo. Y allí estábamos una representación de Albacete: dos Hijas de la Caridad, tres Padres Paúles, una voluntaria de la AIC y varios jóvenes de Juventudes Marianas Vicencianas (JMV).

Dentro de la celebración del 400 aniversario de nuestro carisma, hemos tenido la oportunidad de viajar a Roma para encontrarnos y compartir vida en el Simposio de la Familia Vicenciana. Tuvimos conferencias, testimonios, Vigilias de Oración, Audiencia con el Papa, Celebración, y... rodeados de la belleza de Roma, nos perdimos por sus calles y monumentos para volver a los orígenes de nuestra Fe.

Este encuentro ha sido un nuevo Kairós, un impulso a seguir caminando "Un impulso de caridad que dura siglos", nos decía el Papa recordando la figura de San Vicente de Paúl. "Un impulso que salió de su corazón" mencionando la reliquia del corazón de San Vicente

que nos acompañó durante todo el Simposio.

¡Ya estamos de vuelta en Albacete, cada uno en su realidad: en el barrio de la Milagrosa, en la Prisión, en el Economato Solidario, con los Inmigrantes, en el Colegio M^a Inmaculada... para seguir sirviendo a Cristo en los rostros de los que más sufren!

Terminamos con las palabras del Superior General Tomaž Mavrič, CM: "Pedimos, con toda sencillez y humildad, que podamos comprometernos aún más con el fuego, la dedicación y la fuerza en la misión que Jesús nos ha confiado, aclarando aún más el "rostro de Jesús", el "evangelizador de los pobres" en el mundo; regando, podando y fertilizando el árbol para que sus ramas lleguen a alcanzar los rincones más lejanos de la tierra."



LA PALABRA

1^a: Ex. 22,20-26
Salmo: 17
2^a: 1Tes. 1,5c-10
Evangelio: Mt. 22,34-40

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, formaron grupo, y uno de ellos, que era experto en la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?»

Él le dijo: «"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser." Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas.»



Breves

TODOS LOS SANTOS

Rosario de la Aurora

El 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos, a las 7:30 h. se celebrará el Rosario de la Aurora. Partirá desde la S.I.Catedral al Cementerio Municipal de la capital.

PRESENTACIÓN

Plan de Presencias Sociales

La delegación de Apostolado Seglar ha organizado un encuentro para la presentación y motivación del Plan de Presencias Sociales. Está destinado a aquellos agentes de pastoral (sacerdotes, religiosos y laicos) que puedan animar dicho proyecto en sus parroquias, delegaciones, movimientos y comunidades. Será el próximo sábado 4 de noviembre, desde las 10:30 hasta las 13 h. en los locales de la parroquia de Nuestra Señora de las Angustias y San Felipe Neri (C/ Hermanos Falcó, 21). De cara a la organización es necesario comunicar la asistencia llamando al teléfono 679 492 988 o por email: apostoladoseglarab@gmail.com.

El estímulo más hondo y limpio

Era huérfano de madre. Su padre, unido a otra mujer, le había echado de casa; de una casa que olía a alcohol y a violencia. Su aspecto le delataba: cualquier día podía acabar preso. Le habíamos ayudado varias veces y nos tenía afecto. Acabó siendo un buen militante de la Juventud Obrera Católica. Recuerdo la conversación: *"Hace unos meses querías suicidarte y hoy vienes a pedir un evangelio. ¿qué te ha pasado? —Es que antes nadie me había escuchado, dijo; por nadie me había sentido querido. Ahora, en los amigos y amigas de la JOC, con los que me puso en contacto, he encontrado el amor y quiero creer en Dios"*.

Un comentario certero al hecho anterior pueden ser las palabras de san Juan Pablo II en su primera encíclica "Redentor del Hombre": *"El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no le es revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente"* (RH 10).

¿Imagináis qué sería de un mundo en que las relaciones entre las personas, entre padres e hijos, entre esposos, entre vecinos, estuvieran movidas exclusivamente por el interés o

“

No es cuestión de razonamientos. Es cuestión de que esto de amar nos posea, de que llegue a ser como un sello de identidad sobre nuestro pobre y maltrecho corazón

por la utilidad? ¿Qué mundo más gélido aquél en que los otros serían reducidos a objetos utilitarios!

Los fariseos del tiempo de Jesús andaban atrapados en un laberinto de leyes. Dicen que eran nada menos que 613 los mandamientos que pesaban sobre la conciencia del pueblo judío. Como para volverse locos. Ya dije la sabiduría popular que quien mucho abarca poco aprieta. No es, por eso, extraño lo que nos cuenta el evangelio de este domingo: que un legisperito se acercara a Jesús y le preguntara a bocajarro: *"Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal y primero?"*.

La respuesta de Jesús es simple y clara como el agua: *"El primer mandamiento consiste en amar a Dios sobre todas las cosas, con todo el corazón, con toda el alma"*. Y añade: *"El segundo es semejante a éste: amar al prójimo como a uno mismo. En estos dos mandamientos se encierra toda la enseñanza de la ley y de los profetas"*. Cuando los hebreos decían *"la Ley y los Profetas"* entendían que allí estaba resumi-

da toda la sabiduría que daba sentido a la vida. Es admirable que Jesús ponga al mismo nivel el amor a Dios y el amor al prójimo.

Estoy seguro de que si entendiéramos bien esto del amor, lo que es amar de verdad, no los sucedáneos de moda en el mercado de valores, entenderíamos otras muchas exigencias que son consecuencia del amor y que, fuera del amor, no se entienden.

San Pablo el cantor del amor cristiano dice que *"el amor es paciente, servicial, no es envidioso, no es maleducado ni egoísta, no se engríe, no busca su interés, no toma cuentas del mal; el amor disculpa, confía, espera sin límites; el amor no pasa nunca"*. Del néctar del amor necesitamos proveernos en grandes dosis y con él rociarlo todo.

"El amor, decía el papa Benedicto, es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar". Lo explica nuestra existencia cotidiana: ¿Encontramos en nuestra vida otro estímulo más hondo y más limpio que el amor? Pero hay una razón, sobre todo: que amar es lo propio de Dios. Dios es amor y nos ha hecho a imagen y semejanza suya.

Amar a Dios, porque Dios nos ama, nos amaba cuando no éramos, nos ha hecho para amarnos, ha venido a nuestro encuentro para revelarnos su amor.

Amar al prójimo: Porque todo hombre es un ser con Dios al fondo, imagen del Hijo del Hombre. Lo que hacemos o dejamos de hacer con el otro, lo hacemos o lo dejamos de hacer con Jesús mismo.

¿Quién es mi prójimo? preguntaban a Jesús, que respondió con la parábola del buen samaritano. Prójimo es que sabe hacerse próximo, el que se preocupa y se ocupa del hombre que sufre al borde del camino.

No es cuestión de razonamientos. Es cuestión de que esto de amar nos posea, de que llegue a ser como un sello de identidad sobre nuestro pobre y maltrecho corazón, para que entendamos que ahí está la vida; que la regla para nuestra historia personal y colectiva está en entender que sólo el amor salvará al mundo. Y ahí estamos cada domingo dispuestos a participar en la Eucaristía no porque seamos ejemplares a la hora de amar, sino para ser más humildes, para intentar ser un poco más cristianos, para aprender a amar del que nos amó primero.

Monseñor Ciriaco Benavente

MONS. CIRIACO BENAVENTE
Obispo de Albacete



“Que todo el que llame a nuestra puerta se sienta querido, acogido, valorado”

Antonio Ávila Blanco

es sacerdote madrileño. Director del Instituto Superior de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Recientemente ha participado en la convivencia de inicio de curso de los sacerdotes de nuestra Diócesis.

Hablamos con él sobre cómo ser **discípulos misioneros**. Comienza recordando unas palabras de D. Ciriaco —Obispo de Albacete— en las que indicaba que no se puede separar ser discípulo de ser misionero, que “nadie -recuerda- contagia la gripe si no la tiene”.

Ello —continúa— nos lleva a preguntarnos: “¿Qué discípulos somos si no contagiamos el Evangelio? ¿Qué misioneros somos si lo que hacemos no es transmitir nuestra experiencia de discípulos, sino una doctrina teórica?” Y nos invitaba a ser testigos de nuestra propia vida como discípulos. Antonio nos anima a vivir el discipulado con alegría y a contagiar esa alegría a los demás.

Nos anima a mostrar que la vida “no es una desgracia” sino una “fuente de alegría, de sentido”. “Que la vida merece la pena, que merece la pena luchar, que merece la pena enfrentar los problemas de cada día, que merece la pena llevar con un poco de salero las enfermedades. Con un poco o con mucho, porque algunas veces hace falta mucho salero”.

Al pedirle unas pautas para vivir como discípulos, recuerda que “ser cristiano es ser un discípulo de Cristo”. Esto —continúa— se traduce en un seguimiento, en reconocer que no tenemos respuestas para todo, que hay cosas que nos sobrepasan y necesitamos mirar al Maestro. Incide en que ese “mirar al maestro” no está reservado exclusivamente a los momentos de tristeza, sino también a los de incertidumbre y de alegría.

Se trata —insiste— de mirar a Jesús y ponerse en “actitud de seguir sus pasos”. Porque —prosigue— el Maestro es que quien va delante marcando el camino y ser discípulo es ir tras él: Seguirlo en valores, en amor, en el servicio, el respeto al otro, a sus libertades, a su dignidad. Ser discípulo es defender al pobre, atenderle, etc. Ésto “es ser discípulo” —recalca—.

Estamos llamados a ello en una sociedad alejada del seguimiento. Por eso le preguntamos cómo llegar hoy a la sociedad y a nuestras familias.

Su respuesta está cargada de reconocimiento y ternura hacia quienes no comparan nuestra fe. Recuerda casos concretos de personas alejadas de la Iglesia que son ejemplo de entrega y generosidad.

Ávila nos anima a “mirar a los que nos rodean con ojos limpios [...]”. Igual —continúa— tenemos la mitad del camino hecho, porque Dios sembró en el corazón de cada hombre y de cada mujer su presencia, su imagen [...]. Nunca nadie ha borrado la imagen de Dios de ningún hombre —añade—.

Tras esta reflexión, desembocamos inevitablemente en una pregunta: ¿Qué tengo yo que hacer? Vuelve sobre sus palabras y responde con sencillez: Comunicarme de manera que quien nos vea diga: “¡Pero anda! si ser cristiano no es ser un bicho raro.” “¡Si siente lo mismo que yo deseo!” “¡Si lucha por lo mismo que yo luchó!” “¡Si ama lo mismo que yo amo!” “Entonces, probablemente a mucha gente de bien le estemos abriendo la puerta del discipulado”.

Una vez aclarado nuestro objetivo: seguir al Maestro; y la manera de desempeñarlo: dar testimonio de la alegría que nos produce ser discípulos; es

necesario concretar y conocer los pasos a seguir.

Antonio nos explica que la **conversión pastoral** “consiste en que todos y cada uno de nosotros hagamos un proceso de crecer en la fe, de madurar en la fe, de convertirnos al Evangelio”.

Nos lanza algunas preguntas para saber si estamos en este proceso de conversión pastoral: ¿Qué hemos hecho en estos últimos cinco años para crecer en la fe? ¿Hemos participado de alguna comunidad cristiana? ¿Hemos ido a algún grupo de Biblia? ¿Hemos formado parte de alguna actividad caritativa?

Añade que “convertirse pastoralmente —indica— es, primero, convertirnos las personas y crecer en la fe a un Dios que es Padre, que es ternura, que es misericordia, que es amor”.

En segundo lugar, tratar de que todos los que forman parte de la vida parroquial se sientan “partícipes de la Iglesia”.

Destaca —citando al papa Francisco— la importancia de “que todas las comunidades cristianas, que todos los cristianos, profundicemos en nuestra vida comunitaria”.

Y ¿para qué? Continúa diciendo que “para hacer una Iglesia acogedora, de puertas abiertas, para hacer comunidades acogedoras, para que todo el que llame a nuestra puerta, busque lo que busque, se sienta querido, acogido, valorado”.

Es realista y reconoce que no se trata de algo sencillo. “Tal vez le tengamos que decir que no a alguna cosa que nos pide —añade—, porque no tenemos respuesta para todo, o no todo es lícito, pero que nunca diga que ha sido despreciado”.

Para concluir, nos hace una llamada a preguntarnos cómo acogemos, si damos respuesta a las necesidades que se nos presentan: “¿Tienen nuestros hijos, nuestros jóvenes un espacio en nuestras iglesias? ¿Se sienten en casa?” Ávila nos pone el ejemplo de los jóvenes, pero la podríamos aplicar a cualquier otro grupo de nuestro entorno: ¿A quién tenemos que ofrecer un espacio en nuestra Iglesia?

